

Introducción.

Era veintiuno de marzo, la primera mañana de la primavera y su vigésimo cumpleaños. También era el primer día, desde hacía cinco giros completos de la Tierra alrededor del Sol, en el que podía mirar el cielo sin estar rodeado de gente, del ruido de las pelotas botando en el patio, de muros de hormigón, de alambradas y de concertina.

Estando en tercero de la ESO, el mismo día en que cumplía los quince años, había rajado de abajo a arriba a su profesor de matemáticas. Todo el paquete intestinal abandonó su cuerpo por el abdomen, esparciéndose a sus pies entre los gritos de terror y los vómitos de sus compañeros de clase que, presas del miedo, huían despavoridos del aula pidiendo auxilio.

¡Era de lo más cómico ver cómo corrían y algunos caían al suelo al resbalar con su propio vómito!

Entretanto, él estaba fascinado con lo que había conseguido con su cuchillo de monte, ése que su padre le regaló cuando, un año antes, decidió ingresar en los Boy Scouts. Muchas habían sido las tardes, tras recibir dicho presente, en las que solo, en el monte, se había dedicado a afilar su hoja con alguna piedra de río pulida por el paso del agua sobre ella a lo largo de los años y por la fricción con otros

cantos rodados. Y, muchos fueron también los bichejos varios que probaron la eficacia de su filo en ese período.

A pesar de dichas experiencias previas, lo de esa mañana estaba siendo un alucine total. Era tan embriagador que no veía cómo podría haber mejorado su auto regalo de cumpleaños. Muchas veces se lo había imaginado, pero ¡oh, Dios mío!, la realidad superaba con creces todas sus expectativas.

Ni en el mejor de sus sueños hubiese esperado tal desparrame y las arcadas de sus compañeros. Mucho menos aún, y eso había sido la guinda del pastel, la cara de bobalicón e imbécil de don Antonio. Reflejaba tanta sorpresa que parecía que los ojos se le iban a salir de las cuencas mientras él, henchido de orgullo por lo que estaba haciendo, hundía aún más su cuchillo en su barriga y desgarraba su apestosa carne. Mientras lo hacía, hablándole a escasos centímetros de su cara, le decía mientras le salpicaba el rostro con algunas gotas de saliva que salían disparadas de su boca por el esfuerzo y por la emoción que estaba sintiendo en esos momentos:

- ¿Quién ríe ahora? ¿Quién es el mocoso ahora? Esta vez no va a hacer falta que llames a mi padre, ya vendrá él por iniciativa propia, abusón, que eres un abusón.

Después rebuscó en los bolsillos de la chaqueta de quien ya no era más que un cadáver, hasta encontrar un paquete de tabaco rubio y un mechero. Con las manos cubiertas por la sangre todavía tibia de su víctima sacó dos cigarrillos y los encendió al mismo tiempo. Puso uno en los labios de don Antonio, que yacía inerte y eviscerado en el suelo, y tomó asiento en el sillón del profesor a la par que ponía los pies

sobre la mesa y se disponía a esperar, mientras fumaba, a la Guardia Civil.

¡Qué cara iba a poner su padre!, sargento comandante del puesto y representante de la ley en el pueblo, cuando lo viese así. Seguro que le echaría la bronca por estar fumando. Sí, su padre, como todo buen exfumador, odiaba el tabaco y repudiaba su consumo, en especial, si quien lo llevaba a cabo era su hijo.

Mientras esperaba la llegada de su progenitor, pensó en su madre. ¡Qué felices eran los tres! Ella lo comprendía, sabía que era diferente de los otros niños: inteligente, pero disperso en sus estudios, solitario, sin verdaderos amigos y muy apegado a la figura materna.

Sí, ella sabía tratarlo y también cuando algo le preocupaba solo con mirarlo. Tenía un radar para ello y siempre era capaz de calmarlo y llevarlo a ese lugar tranquilo de su mente que solo ellos dos conocían.

Aun así, a pesar del inmenso amor que profesaba hacia su madre, estaba furioso con ella por haberlos abandonado cuando él tan solo contaba con doce años. Recordaba el día exacto de su marcha, un veintitrés de abril.

Tenía presente en su memoria, como si hubiese sido ayer, el momento en el que sonó el timbre de su casa y su padre abrió la puerta. Escuchó la voz del cabo primero Ramírez, pero sin poder entender lo que decía desde su habitación y, de manera casi inmediata, oyó un fuerte golpe contra la pared seguido del grito más desgarrador que hubiese escuchado jamás.

Desde ese preciso instante escondió su cabeza bajo la almohada tratando, sin éxito, de acallar todos los sonidos y

refugiarse en su lugar tranquilo. No pudo, le resultó imposible porque oía los pasos acelerados de su padre hacia la habitación de matrimonio y los de Ramírez que lo seguía. Después, un forcejeo y la voz de éste diciéndole al primero:

- Mi sargento, por favor, suelte la pistola. No haga ninguna locura. Por el amor de Dios, que tiene usted un hijo. ¿Qué va a ser de Marquitos si se quita de en medio? Piénselo bien hombre, baje el arma. Se lo ruego por lo más sagrado.

Pronto oyó el insistente crepitar de la sirena de una ambulancia acercándose al cuartel. Al instante, el ruido de las puertas de una furgoneta mientras unos destellos intermitentes de color ámbar se colaban en su habitación por las rendijas de la persiana. Y, casi en seguida, el sonido de las ruedas de una camilla y los pasos de los sanitarios dirigiéndose hacia la estancia en la que estaba su padre.

Unos minutos más tarde pudo oír cómo la camilla hacía el recorrido inverso, otra vez los portones de la furgoneta y, sin solución de continuidad, la sirena alejándose.

En breve escuchó cómo la puerta de su habitación se abría, pero él seguía bajo la almohada y apretando ésta fuertemente contra sus orejas. Quería permanecer ajeno a todo aquello, de hecho, ni siquiera le apetecía estar allí.

Unos pasos se aproximaron a su cama y notó cómo alguien se sentaba en ella y posaba dulcemente su mano sobre su hombro, a la par que una voz femenina decía:

- Marcos, Marquitos, date la vuelta por favor, tenemos que hablar un momento.
- No quiero –dijo él–.

- Venga Marcos, es importante.

Al oír esto último le pareció que era la voz de Lourdes y que sollozaba. Lourdes era la mejor amiga de su madre. Se conocieron en la universidad, cuando ambas empezaron a estudiar enfermería. Como compañeras de habitación en la residencia estudiantil de Granada, hicieron muy buenas migas y se convirtieron en uña y carne. Sin embargo, al acabar segundo sucedió algo que separó momentáneamente sus caminos: la Guardia Civil publicó por primera vez una convocatoria en la que se admitirían mujeres. Lourdes, que era hija del Cuerpo y que le tiraba el verde desde pequeña, no se lo pensó. Cursó la instancia escrita de su puño y letra y, tras superar la oposición, se incorporó en septiembre de 1988 como alumna en la Academia de Baeza, formando parte de la nonagésima cuarta promoción de la Escala de Cabos y Guardias.

El destino quiso, no obstante, que su madre, enfermera de profesión, se acabase casando con un guardia civil y que, al ascender éste a sargento, cuando Marquitos tenía ocho años, fuese destinado a Otívar. Éste era un pueblo de Granada no muy lejano a la costa, de casas encaladas e interminables cuevas y escaleras, donde su amiga de la época universitaria era también guardia civil.

Al ver que quien le hablaba era ella, abandonó su inútil refugio, se dio la vuelta y se sentó en la cama. Con los primeros rayos de luz que la persiana dejaba entrar por la ventana, pudo apreciar que Lourdes tenía los ojos rojos de haber llorado y ésta, al ver su rostro de desconcierto, se abalanzó sobre él dándole un abrazo de los que duelen.

Así, agarrada a él con todas sus fuerzas y entre sollozos, le dijo que cuando su madre acabó su turno de noche en el

hospital de Motril, mientras volvía a casa con su coche, se había salido en una curva poco antes de llegar a Jete y había impactado contra un árbol perdiendo la vida en el acto.

Después, le dijo que su madre ya era una estrella del cielo que lo miraba sonriente y que cuidaría de él desde allí. También le comentó que su padre se había puesto muy malito al saberlo y se lo habían tenido que llevar al hospital para curarlo.

“Estrella sonriente, malito, hospital...”. ¡Cuánto eufemismo junto!, pensó él. Su madre lo había abandonado para siempre, de la manera más definitiva e irreversible posible, y su padre, su padre se había vuelto majara y se lo habían llevado al loquero para que no se levantase la tapa de los sesos.

Su panorama no podía ser menos halagüeño: sin madre, con un padre más para allá que para acá, sin abuelos y sin tíos. Sus progenitores, como él, eran hijos únicos fruto de la dificultad para engendrar que a ambos les había tocado en herencia.

¡Se había quedado solo en el mundo y era carne de servicios sociales!

Primera parte:
EL ORIGEN.

1. El renacer.

Granada. Primavera y verano de 2021.

Después de cinco largos años privado de libertad en el centro de internamiento para menores infractores San Miguel, del granadino barrio del Albaicín, volvía a ser libre o, siendo exactos, casi libre, porque aún tenía por delante dos años de una fastidiosa libertad vigilada.

Durante el período de cautividad podría haber disfrutado de algún permiso. No obstante, al no tener a nadie a quien visitar y lo que era más importante, al no querer sucumbir a sus tentaciones más viscerales fruto de sus más bajos instintos –lo que sin duda podría haber dado al traste con toda su planificación para ser pronto un hombre libre– decidió dejar pasar aquellas oportunidades y permanecer recluido en el centro.

Su apariencia física había cambiado notablemente desde que liberó el mundo de la asquerosa presencia del cerdo de don Antonio. Aquel presuntuoso maestrucho de escuela con ínfulas de catedrático que se había dedicado a ridiculizarlo y a hacerle la vida imposible, chivándose a su padre de cualquier menudencia que pudiese haber hecho, o que aquél se hubiese inventado.

Todo lo malo que sucedía en el instituto le era indefectiblemente atribuido por el *chota* de don Antonio y, vale que él no era un santo, pero tampoco era el demonio que éste pretendía. Sí, definitivamente, el mundo era un lugar mejor desde aquel veintiuno de marzo de 2016.

En aquella fecha todavía era un adolescente imberbe, con más cuerpo y atributos de niño que de hombre. No alcanzaba aún los ciento sesenta centímetros de estatura, de hecho, le faltaban más de dos dedos para llegar a ellos. Solo tenía una leve pelusilla negra en el bigote y la barbilla que aún no se afeitaba, y algo de vello de rodillas hacia abajo y en las axilas, pero nada en el resto del cuerpo y, en cuanto a constitución, era más bien canijo.

Ahora, en cambio, lucía una barba de una semana bien recortada y cuidada. Medía unos ciento setenta y seis centímetros, aparentando más altura con las botas tipo Panamá que solía vestir. Tenía el cabello castaño oscuro y largo hasta los hombros, espalda ancha y brazos fuertes, fruto de sus rutinas diarias en el gimnasio del centro. En cuanto a su semblante, seguía teniendo los ojos del color marrón claro de su madre y un rostro bastante agraciado, mezcla de sus dos progenitores, aunque ahora era más marcado y anguloso que entonces.

En definitiva, su yo anterior y el actual se parecían prácticamente como un huevo a una castaña. Nadie, excepto tal vez su madre, podría reconocer a Marquitos tras la apariencia física y los ojos del Marcos actual. Por desgracia, ése era un riesgo que no tendría que correr, dado que hacía casi ocho años que aquélla lo había abandonado para siempre.

A pesar de su más que evidente cambio de fisonomía, de lo que no hubiese podido huir es de ser reconocido por su

nombre y apellidos. Aun con todas las precauciones que la ley establece para la protección de la privacidad del menor, lo escalofriante y morboso del caso hizo que corriesen ríos de tinta sobre él. Se acabaron filtrando sus datos personales, su fotografía, la identidad y condición de guardia civil de su padre y, casi, hasta su talla de ropa interior y la marca de su pasta dentífrica.

Todo el mundo en Granada y en otros muchos lugares sabía quién era Marcos Ortega Cecilio: “el monstruo de Otívar”. También era sobradamente conocido lo que había hecho y, desde luego, no le iban a poner las cosas fáciles si lo reconocían. Por dicha causa, antes de abandonar el centro, solicitó con la ayuda de sus educadores un cambio de identidad basándose en el supuesto previsto en la Ley del Registro Civil para circunstancias excepcionales.

Con dicho propósito argumentó que sus apellidos y nombre actuales podían ocasionarle un gran perjuicio, comprometiendo gravemente, entre otras cosas, su reinserción en la sociedad.

La petición de cambio de filiación, tras los trámites oportunos y no sin algún tropiezo por el camino, acabó con una Orden Ministerial que le confería la identidad de Luis Pérez López.

Más corriente y desapercibido, imposible. Genial para su propósito de volar bajo el radar, sin estridencias y sin llamar la atención, a partir del preciso instante en que obtuviese la libertad tras cumplir la medida de internamiento que le había sido impuesta.

Por otra parte, dentro del programa de reinserción, la Junta de Andalucía, dado que no disponía de familiares

directos con los que pudiese ir a vivir, le había proporcionado una habitación en un piso tutelado. También le procuró un trabajo de camarero en un bar de Plaza Nueva, al menos hasta que pudiesen encontrarle una ocupación más acorde a la formación que había recibido en los talleres del centro: soldadura y albañilería.

Sea como fuere, se encontró viviendo en un inmueble viejo, pero reformado de la calle Elvira, a escasos ochocientos metros de su lugar de trabajo y, compartiendo piso con otros tres jóvenes: un marroquí y dos españoles de los que ni sabía el nombre ni tenía interés alguno en conocerlo. Para él eran como tres muebles más del hogar.

Periódicamente tenía que presentarse a firmar en el juzgado y también había de mantener entrevistas con el educador social. Era el peaje por disfrutar de la libertad vigilada, pero por lo demás, tenía una vida tan libre como el resto de las personas.

Al principio, el trabajo le pareció demasiado exigente. Eran muchas horas de pie y caminando arriba y abajo llevando pesadas bandejas.

No obstante, pronto se acostumbraría y aprendería a valorar las cosas buenas de éste, empezando por las propinas. Al estar a un paso de la Alhambra, a otro del Albaicín y en pleno corazón de Granada, el bar era frecuentado normalmente por abogados, jueces, fiscales y demás personal vinculado a la Administración de Justicia. No en vano, lo separaban pocos metros del Tribunal Superior de Justicia de Andalucía y del Ilustre Colegio de Abogados de Granada. Del mismo modo, también contaba entre su clientela con numerosos turistas que, a la hora de agradecer los servicios del personal, eran mucho más generosos que los españoles.

Por otra parte, y esto era lo mejor, porque su atractivo físico no pasaba desapercibido para las jovencitas extranjeras. Tras un poco de flirteo haciéndoles de guía por Granada, no habían sido pocas las veces que había acabado pasando la noche en hoteles diversos de la ciudad haciendo el amor hasta altas horas de la madrugada con una, dos y, en una ocasión, incluso tres chicas.

El sexo con mujeres era bueno, muy bueno, mucho mejor que con otros hombres, el único que había conocido en el centro y antes de su puesta en libertad. A ver, no es que éste le desagradase del todo, pero no acababa de convencerlo. Desde que abandonó aquella institución solo había estado con un chico: un turista francés muy afeminado. Y ello, solo porque lo invitaba a todo, era muy solícito y tenía una lengua prodigiosa.

No, definitivamente, prefería a las mujeres. Sus pechos, sus piernas y el contorno de sus caderas eran toda una obra de arte digna de admirar.

Aun así, el sexo tampoco era lo suyo. Era divertido y un buen sucedáneo, pero no llenaba sus pulsiones más primitivas. De hecho, si quería conseguir una buena erección, en los casos en que tuviese problemas para ello, solo tenía que cerrar los ojos y retroceder a aquella mañana de 2016 en el instituto de Otívar. Le bastaba con sentir otra vez como hundía su cuchillo y el sonido al desgarrar la pared abdominal, así como el olor dulzón y un tanto metálico de la sangre.

Repetir eso es lo que le pedía el cuerpo, lo que lo ponía a cien y, en varias ocasiones, compartiendo lecho con algunas de sus conquistas, a punto estuvo de sucumbir a sus impulsos.

Recordaba especialmente una noche de agosto en la que acompañó a una rusa a aquel apartamento de Airbnb de la calle Recogidas. Aquella vez, tras concluir la ajetreada sesión de sexo, ambos se quedaron dormidos, pero una hora más tarde él se levantó y fue a beber agua a la cocina. Allí, sin ropa alguna y bajo la tenue luz de la nevera lo vio sobre el mármol de la encimera: un taco de madera con todo tipo de cuchillería para el pan, cebollero, jamonero, para la carne, etc.

Fue como una revelación divina. De pronto, cogió el cuchillo multiusos, con una hoja de unos veinte centímetros y a todas luces bien afilada. Solo de pensar en lo que haría a continuación, empezó a relamerse y notó su miembro enhiesto. Seguidamente, se dirigió con el arma a la habitación y, a un metro escaso de la chica, se detuvo a observarla sopesando sus opciones de salir indemne de aquello. Demasiada gente los había visto juntos, hacerlo era una invitación al desastre.

Mientras se debatía entre la razón y la pulsión, la rusa abrió los ojos y, al verlo allí plantado con las manos a la espalda y totalmente desnudo, lo agarró y lo atrajo hacia sí a la par que él escondía el cuchillo bajo la cama. Ella lo estiró en el colchón y, después de jugar con la boca sobre su piel, volvió a hacer el amor con él al grito de “olé torero y viva Ispania”.

Nunca sabría cuán próxima estuvo de morir a manos de Marcos, como él tampoco supo lo cerca que había estado de echarlo todo a perder hasta que vio las cámaras del rellano y del portal.

De cara a un futuro próximo tenía que aprender a ser más cuidadoso y fijarse bien en ese tipo de detalles.

2. El infierno en la Tierra.

Otívar. Primavera de 2013.

Tras recibir las dramáticas noticias de la muerte de su madre y del internamiento de su padre, Marquitos se salvó in extremis de caer en las fauces de los servicios sociales. En el último instante, Lourdes pudo convencer a su marido para quedarse con el niño hasta que su padre se restableciera.

Su esposo, un tipo presuntuoso que parecía que meaba colonia, aceptó poniendo como condición que, si transcurridos tres meses la situación persistía, tendría que pasar a ser tutelado por los servicios sociales. Le daba igual si acababa en alguno de sus centros de protección o en una casa de acogida, pero desde luego, no sería en la suya. Él ya tenía bastante con sus gemelos de trece años.

Así fue como pasó a vivir, de momento y tras haberse formalizado la acogida temporal, con Lourdes, su esposo y los hijos de la pareja, Raúl y Samuel.

Sin saber cómo ni quién lo hizo posible, el día veinticuatro de abril a las diez de la mañana lo llevaron al tanatorio de Almuñécar donde, muy enojado, se dirigió al féretro de su madre gritando todo tipo de improperios y reproches por, tal y como él lo veía, haberlo abandonado.

Esa misma tarde a las cuatro se llevó a cabo el oficio por el funeral, al que trasladaron a su padre en un estado tan lamentable y tan fuertemente sedado, que ni siquiera fue capaz de reconocer a su hijo.

Acabada la ceremonia se procedió a la cremación del cuerpo y los asistentes regresaron a su hogar. Todos, menos el marido de la difunta, que volvió al psiquiátrico, y Marquitos, que se fue a vivir con Lourdes, lo único bueno de aquella casa, porque los gemelos y su padre le hicieron pasar un infierno que, ni el mismísimo Harry Potter en sus peores tiempos en casa de sus tíos maternos.

Desde que entró en aquel piso se sintió igual que un auténtico extraño. Al principio, como un invasor que no es bienvenido y, poco tiempo después, del mismo modo que un maldito prisionero de guerra en un campo de concentración nazi.

Allí todo eran reglas, deberes, obligaciones y prohibiciones, pero por lo que respectaba a derechos, brillaban por su ausencia. El único que parecía permanecer vigente era el relativo a su alimentación y, solo porque de ello se encargaba Lourdes, porque si hubiese dependido de aquellos desalmados, ni eso.

En los casi tres meses que convivió con ellos, por llamarlo de algún modo mejor que cautiverio, no recordaba haber podido ver la tele más de cinco días. El resto los pasó confinado en su habitación que, dicho sea de paso, era el reducido cuarto de planchar donde a duras penas cabía la cama plegable en la que dormía.

Lo mejor del día venía siempre tras la media noche. En ese momento, cuando ya roncaba el marido de Lourdes, ésta

se levantaba sigilosamente y entraba en su cuarto para hablar un poco con él y llevarle algún yogur, flan u otra clase de lácteos. Al menos, así fue hasta que una madrugada fue sorprendida por uno de los gemelos en dichos quehaceres, quien, en la mañana siguiente, perdió el culo para chivárselo a su padre.

Esa noche no hubo visita. Desde la estancia contigua solo se oían las voces y los golpes del marido de Lourdes, por una parte, y los lamentos, los sollozos y las súplicas de ésta para que aquél cesase de aporrearla, por la otra.

Mientras tanto, Marquitos mordía la almohada en su habitación esperando que después no le tocara a él. Si bien la paliza a su anfitriona no le daba ni frío ni calor, vaya, que le importaba un pimiento, tampoco le apetecía convertirse en la extensión del saco de boxeo de aquel energúmeno. Lo que más lo inquietaba en esos momentos, además de ese fundado temor a recibir algún azote, era que se veía venir que esa noche no iba a haber flan.

No se equivocaba, ni lo hubo ese día ni los siguientes. Desde aquella aciaga noche no volvió a salir de su cuarto más que para comer o ir al baño, momentos que los gemelos aprovechaban para vejarlo, ya fuere escupiendo o poniendo insectos en su comida, ya fuese irrumpiendo en el lavabo cuando estaba haciendo sus necesidades. Aquéllos empleaban cualquier excusa para reírse de él o para tirarle cosas y, todo ello, bajo la atenta y complaciente mirada de su padre, y la triste y aterrada de Lourdes, quien desde que Marquitos vivía con ellos había recibido ya unas cuantas y memorables palizas de aquel bestia sin escrúpulos.

No veía el día en el que su padre regresase para volver a vivir con él y abandonar ese campo de exterminio. Tan

esperado hecho sucedió unos dos meses después de la marcha de su madre, pero para su desgracia, no supuso su liberación absoluta.

Su padre estaba tan demacrado y ausente que apenas podía cuidar de sí mismo, cuanto menos de un niño. Tuvo que permanecer en aquel infierno, aunque pasando todos los días un período de tiempo con su progenitor, cada vez más extenso, hasta que ambos estuvieron preparados para volver a vivir juntos.

Cuando Marquitos estaba recogiendo sus cosas para volver a su casa, el marido de Lourdes lo arrinconó antes de irse a trabajar y le espetó:

- Hombre, ¿por fin te vas mocoso?
- A lo que Marquitos no dijo nada.
- Te estoy hablando, mocoso.
- Ése no es mi nombre –respondió él sin ni siquiera saber de dónde había salido tanta entereza–.

El padre de los gemelos lo presionó entonces con su orondo cuerpo contra la pared, haciéndole tanto daño como fue capaz de infligirle y le dijo:

- Esperaba menos insolencia y más agradecimiento. ¿Qué se dice, mocoso ingrato y desvergonzado? –preguntó enfatizando el primero de los tres calificativos–.

Él, temiendo recibir una de las palizas a las que tan habituado a dar estaba aquel hombre y, reprimiendo las lágrimas por el dolor que la presión contra la pared le estaba

provocando, sacó la bandera blanca de la más humillante de las rendiciones. Con la cabeza gacha y la vista apuntando al suelo, acertó a decir:

- Muchas gracias por todo lo que han hecho por mí durante este tiempo y por haberme tratado como a un hijo y a un hermano. Nunca lo olvidaré.

Y, al decir esto último, volvió a levantar la cara con sus ojos mirando fijamente y de manera desafiante a los de su interlocutor para acabar diciéndole:

- Que tenga usted un buen día en el instituto, don Antonio.